



EL CID.

ARTÍCULO CRÍTICO.

«En Burgos nació el valor
 Gloria y amparo de España;
 Que es costumbre en la cabeza
 Poner la insignia mas alta:
 Aquel que victorias suyas
 De eterna memoria estampad
 En los des polos su nombre,
 Y el cielo da gloria al alma:
 De quien españoles reyes
 Tienen de su sangre tanta,
 Que si duermen, los despierta
 A la guerra y las hazañas:
 El que á los hijos de Agar
 Destruyeron sus espadas (1),
 Y á siete reyes venció,
 Despues de muerto, en batalla:
 El valeroso y leal
 A su señor y á su patria,
 Que hizo famosa á Hesperia
 Y á las estrellas la ensalza:
 A quien prudentes varones
 Ponen por solo en las armas,
 Y por sus grandes proezas
 Príncipe de ellas le llaman,
 Y moros sus enemigos
 Por escelencia llamaban:
 El invencible Rodrigo
 Y señor de la campaña.»

Romancero del Cid, reimpresso por D. Agustín Duran en su colección de romances.

La idea que dan del Cid estos versos, no muy correctos á la verdad, pero en cambio llenos de brio, es la que ha tenido y tiene todavía el pueblo español acerca de aquel insigne caudillo.

«Seguramente ha existido en Castilla un guerrero ilustre, que descoló sobre todos los demas de su tiempo, y llegó á alzarse á la altura de los reyes: seguramente este guerrero emprendió grandes hechos, llevó á cabo dificultosos empeños, acaudilló con fortuna á nuestros soldados, obtuvo sobre los moros señaladas victorias, y afectó profundamente la imaginación de sus contemporáneos. Pero seguramente tambien.... sobre los hechos verdaderos de aquel personaje aglomeraron la admiración y el afecto popular todos los que le parecieron á propósito para la gran apoteosis de su favorito: le dotaron de todas las cualidades que entonces se admiraban y aplaudian, y le atribuyeron todas las hazañas que creyeron propias á engrandecerle y sublimarle.» Don Pedro José Pidal, artículo acerca del Cid, impreso en la Revista de Madrid, segunda serie, tom. III, pág. 309.

Esta es la opinion de los mas autorizados y juiciosos historiadores y críticos de dos siglos á esta parte al tratar de Rodrigo Diaz.

«No tenemos del famoso Cid ni una sola noticia que sea segura ó fundada, ó merezca lugar en las memorias de nuestra nacion. Algunas cosas dije de él en mi historia de la España árabe, porque en los puntos generalmente bien recibidos por nuestros mas respetables historiadores, no me atrevi entonces á separarme de todos, á pesar de mis muchas dudas; pero habiendo ahora examinado la materia prolijamente, juzgo deberme retractar aun de lo poco que dije, y confesar con la debida ingenuidad, que de Rodrigo Diaz el Campeador (pues hubo otros castellanos con el mismo nombre y apellido), nada absolutamente sabemos con probabilidad, ni aun su mismo ser ó existencia.» Historia crítica de España, tomo XX, pág. 370.

Esta es la opinion del abate D. Juan Francisco de Masdeu y la de algun otro crítico nacional y extranjero.

¿Cuáles son los fundamentos y el origen de tres tan distintas opiniones? ¿Cuál es la más racional y probable de ellas? Permitásenos una tentativa con el objeto de averiguarlo.

El personaje, verdadero ó falso, de *el Cid* floreció ó se supone haber florecido en el siglo undécimo: fijan unos su nacimiento en el año de 1026; afirman otros que no debió nacer hasta casi mediado el siglo: en cuanto á su muerte se conviene por lo general en que ocurriría por los años de 1099. Ahora bien: ¿qué noticias, ¿qué memorias, qué documentos históricos tenemos de aquella

(1) Eran en efecto dos, *Colada* y *Tizona*.

época? ¿Qué dicen del Cid? ¿Qué es lo que dá lugar á la duda? Para responder á la primera pregunta, necesitamos subir muy arriba.

Invasión de España por los romanos, Roma naturalizó en España su cultura: invadida despues por las naciones del Norte, los godos destruyeron la obra de los romanos, y á la cultura sucedió la rudoza: invadida finalmente la península por los sarracenos, aquella dureza que se habia con el transcurso del tiempo convertido ya en cultura, digámoslo así, de inferior escala, fué tambien destruida á su vez, y de la ruina de los conquistadores extranjeros, del sepulcro de los romanos y de los godos renacieron los españoles. Fugitivos, refugiados en un estrecho ángulo de

la península cuantos rehusaron doblar la rodilla ante las triunfantes banderas de los últimos invasores, abrióse una lid desigual, trabajosa y larga que al cabo de siglos y siglos habia de terminar con la espulsion completa de la raza advenediza y usurpadora. En tal situación, la guerra fué el deber único y la obligada tarea de los españoles: para pelear nació el caballero, para servir de atalaya el pastor, para construir fortalezas el alarife, para labrar armas el artesano: las letras, como no servian para pelear, yacian y debieron justamente yacer en total abandono. Un rey valiente ensanchaba los lindes de sus cortos dominios; un monarca débil ó poco feliz perdía lo adelantado por su antecesor: hoy los cristianos penetraban en una correría an-



daz hasta el corazon del imperio árabe: mañana el árabe caía sobre los dominios cristianos y saqueaba la pobre capital del pobre reino de Asturias, Leon ó Castilla. Hasta que la reconquista no llegó á estenderse á las orillas del Tajo; hasta que Toledo no volvió á ser la morada de los reyes cristianos, los españoles no pudieron ni acordarse siquiera de la literatura: solo el clero conservó como siempre alguna luz, algun leve resto del saber antiguo: á él debemos las pocas memorias que nos quedan de aquel tiempo tan borrascoso, las cuales con ser pocas, breves y mal escritas, fueron obra sin embargo de los varones mas eminentes en saber de aquella época, los monges y los obispos. No hay que buscar allí pormenores interesantes de los hechos, ni rasgos característicos de las personas, ni indagación de las causas, ni declaración de los efectos: los cronicones son por lo comun unos ligerisimos apuntes, reducidos á espresar que tal rey ocupó el trono en tal año, que dió dos ó tres batallas, que venció ó fué vencido, y descansó en paz, sucediéndole fulano: suélese especificar que fundó tal ó tal iglesia ó convento; y en cambio se suele omitir donde nació el fundador, de qué edad falleció, y

quiénes fueron su mujer y sus hijos: del que no fué rey, prelado ó martir de la fé, no se escribia por lo regular ni una palabra: de manera que de los siglos en que mas acontecimientos singulares debieron ocurrir en nuestro país, la nacion no tiene una historia, la posteridad no sabe nada.

No se puede dudar que en medio de una lucha tan larga se verificarían á cada paso lances de interés grandísimo: sorpresas, cautiverios, rescates, alianzas y contiendas de particular á particular y de pueblo á pueblo, grandes hazañas y grandes crímenes; pero el silencio de los historiadores no nos ha permitido ni aun rastrearlos: distaban mucho aquellos hombres de imaginar que un día se habia de dar importancia á cuanto les perteneciese, y nos hablamos de quejar de que no hubiesen fiado al papel los rasgos de valor, de astucia, y quizá de barbárie, que ellos presenciaban á cada momento, y por lo mismo no les causaban impresion alguna. Pero lo que para los obispos y monges no merecia que se le consagrara una linea de su desalinado latin, para el pueblo, interesado mas de cerca y fácil siempre de conmoover, merecia constantemente los honores

de ser cantado en el vulgar idioma. Cada hecho notable de armas, cada suceso que excitaba su entusiasmo, compasión ó cólera, podía en movimiento su toca lira y daba origen á una canción ó un romance: los cronistas escribían historias sin hechos: los cantores populares celebraban, divulgaban y perpetuaban hechos que no componían historia. Así pasaron unos y otros por una larga serie de años de agitación vivísima, de inseguridad general y aturdidor torbellino; y cuando reducidos ya los moros á mas estrecho espacio, pudieron al fin respirar los fieles y se preguntaron por la vida de sus mayores, solamente encontraron para satisfacer su curiosidad, crónicas que les decían muy poco, y cantares que les daban quizá demasiado: siendo estos últimos muchos en número y de corta estension, como era preciso para poderse conservar en la memoria, se reducían á pintar los hechos, sin indicar la época ni el lugar acaso: viciados mas ó menos sensiblemente por el paso de lengua en lengua, y por la opinion ó capricho particular de cada individuo que los aprendía, probablemente se contradecían unos á otros, y resultaría de la comparación de todos una confusión espantosa: los diplomas, privilegios, donaciones y demas documentos que pudieran servir para desenredar tan revuelta madeja, se hallaban en poder de corporaciones y particulares, que los guardaban como oro en paño, y no era fácil ni asequible el reconocerlos; por otra parte, una tarea de esta especie no era

propia de un tiempo en que no se sospechaba la utilidad de la crítica. En tan infelices circunstancias fué cuando se emprendió la primera historia general que se publicó en romance, debida al ilustrado celo del inmortal ordenador de las Siete Partidas. El autor ó autores de aquella compilación comprendieron que debían unir la tradición á la crónica, para que de ambas resultase la historia; pero faltos de medios para coordinar los hechos tradicionales, los desparramaron á bulto por el campo histórico, y pocos por desgracia ocuparon el lugar conveniente. Pasaron siglos, descubriéronse monumentos de toda especie, comparólos la crítica, y al ver la crónica general plagada de inexactitudes, el voto de los mas la declaró por testigo incompetente en la causa de la verdad. En esta crónica ocupaba el Cid un lugar muy distinguido, y el descrédito del historiador atrajo en la opinion de muchos el desconcepto del héroe, perjudicándole igualmente el silencio de sus coetáneos y el testimonio de la posteridad.

Pero este silencio de los cronistas, quizá no fué tan absoluto como pudiera creerse: no hablan ciertamente del Cid los escritos de su tiempo que hoy subsisten; pero tal vez se ha perdido uno que probablemente haría mención de tan señalado personaje. Demos cuenta, pues, de los historiadores de aquella época.

J. E. HARTZENBUSCH.

(Concluirá.)



Recuerdos de la armada invencible.

(Conclusión.)

Visto por el salvaje el gran poder que contra él venía y que no tenía resistencia, determinó huir á las montañas, que es todo su remedio. Los españoles que con él estábamos ya teníamos nueva del mal que nos venía, y no sabíamos qué hacer y dónde nos guardar, y un domingo despues de misa nos apartó el señor Manglana, melena hasta los ojos, y ardiendo en cólera dijo que no podía esperar y que se determinaba á huir con todo su pueblo y ganados y familias; que así mirásemos lo que queríamos hacer para salvar nuestras vidas: yo le respondí que se sossegase un poco, que presto le daríamos respuesta. Apartéme con los ocho españoles que conmigo estaban que eran buenos mozos, y dijeles que bien veían los trabajos pasados, el que nos venía, y que para no vernos en mas era mejor acabar de una vez

honradamente; y pues teníamos buena ocasion, no la perdiésemos, pues de lo contrario no habia que aguardar mas que andar huyendo por montañas y bosques, desnudos, descalzos y con tan grandes frios como hacia; y pues el salvaje sentia tanto desamparar su castillo, alegremente nos metiésemos los nueve españoles que allí estábamos en él y le defendiésemos hasta morir, lo cual podíamos hacer muy bien aunque viniessen otros tantos enemigos como venian, porque el castillo es fortísimo y muy malo de ganar como no le batan con artillería, porque está fundado en un lago de agua muy profundo que tiene mas de una legua de anchura por algunas partes y de largo tres ó cuatro. Tiene desagüadero á la mar; y aunque se acrecienta de aguas vivas, no pueden entrar en él, por lo cual no se puede ganar este castillo por agua, ni por la banda de la tierra que está mas cerca de él tampoco se le puede hacer daño, porque una legua alrededor de la villa, que es poblada en tierra firme, es pantano hasta los pechos, que aun la gente no puede venir á ella sino es por veredas. Bien determinado con mis compañeros, resolvimos decir todo esto al salvaje y que le

queríamos guardar el castillo y defenderle hasta morir. Que hiciese con mucha diligencia meter dentro bastimentos y armas para seis meses. Alegróse mucho el salvaje y no tardó en proveerlo todo con voluntad de los principales de su villa, que fueron contentos todos, y para asegurarse que no le haríamos falsedad nos hizo hacer juramento de que no desampararíamos su castillo, ni se daría al enemigo por ningún pacto ni conveniencia, aunque pereciésemos de hambre, ni se abrirían las puertas para que entrase dentro ningún irlandés ni español ni otra persona hasta que el mismo señor tornase á él, como se cumpliría sin duda. Después de bien preparado lo necesario, nos metimos en el castillo con los ornamentos y aderezos de la iglesia y algunas reliquias que había, y metimos tres ó cuatro harcadas de piedra dentro y seis musquetes y otros seis arcabuces y otras armas, y avisándonos el señor se retiró á la montaña, donde ya era ida su gente, y luego pasó la palabra por toda la tierra como el castillo de Manglana estaba puesto en defensa y en no darse al enemigo, porque lo guardaba un capitán español con otros españoles que dentro dél estaban. A toda la tierra pareció bien nuestro coraje, y el enemigo se indignó mucho desto y vino sobre el castillo con todo su poder que eran cerca de 10,800 hombres y hizo alto á media y media del sin poderse acercar mas por el agua que había de por medio, y desde allí nos ponía algunos miedos y ahorcó dos españoles y hacia otros daños para ponernos temor. Pidiéndonos muchas veces por un trompeta que le dejásemos el castillo y nos haría merced de la vida y nos daría paso para España. Nosotros le contestáramos que se llegase más á la torre pues no le entendíamos, mostrando hacer poco caso de sus amenazas y palabras. Diez y siete días nos tuvo cercados, y N. S. fue servido de ayudarnos y librarnos de aquel enemigo con grandes temporales y nieves que sobrevinieron; de tal suerte que le fué forzoso levantarse con su gente y caminar la vuelta de Dublin, donde tenia su asiento y presidios, y desde allí nos envió á amenazar que nos guardásemos de sus manos, que él daría la vuelta en buen tiempo por aquella tierra. Respondíle muy á mi gusto que le esperábamos para recibirle con toda la solemnidad que su persona merecía. El señor del castillo, luego que tuvo aviso que el inglés era retirado, se volvió á su villa y se aquietó y sosegó por entonces, haciéndonos mucho regalo y confirmándonos muy de veras por sus leales amigos, ofreciéndonos cuanto era suyo para que nos sirviésemos dello y las principales de sus tierras lo mismo. A mí me daba una hercuacha suya para que me casase con ella; yo se lo agradecí mucho y le dije que me contentaba con que me diese una guía que me guiase á sitio donde hallase embarcación para Escocia. No me quería dar licencia á mí ni á ningún español de los que allí estábamos, diciendo que con nosotros estaban seguros los caminos y toda su tierra. No me parecía á mí bien tanta amistad, y así me determiné secretamente con cuatro de los soldados que estaban en mi compañía de irnos una mañana dos horas antes que amaneciese porque no nos saliesen al camino y también porque el día antes me había dicho un muchacho de Manglana que su padre había dicho que no me había de dejar ir de su castillo hasta que el rey de España enviase á aquella tierra soldados, y que me quería hacer poner en prisión porque no me fuese. Con esta nueva me arreglé lo mejor que pude y tomé el camino con los cuatro soldados una mañana diez días después de Navidad el año de 1588, y fuimos caminando por montañas y partes despobladas con mucho trabajo como Dios lo sabe, y al cabo de veinte días vinimos á parar á unas tierras donde se perdió D. Alonso de Leiza y el conde de Paredes y don Tomás de Granvela y otros muchos caballeros que sería menester una mano de papel para ir cuenta de ellos, y allí anduve por las chozas de algunos salvajes que me contaron lástimas grandes de las gentes nuestras que allí se ahogaron y mostraban muchas preseas y cosas ricas de ellos, de lo que yo recibía grande pena, y mayor fué esta cuando ví que no me podía embarcar para ir al reino de Escocia; hasta que un día me dieron noticia de una tierra de un salvaje que se llamaba el príncipe de Ocan, en la cual había unas druas que estaban de camino para Escocia, y caminé para allí arastrando, que no podía menearme por las heridas de las piernas; y como me iba la salvación, hice la mayor diligencia para andar; pero por presto que llegué ya había dos días que eran partidas las charnugas, cosa que fué para mí de grandísima tristeza porque estaba en muy ruin tierra de enemigos, porque había muchos ingleses alojados cerca

deste puerto y cada día venían á estar con el Ocan. A este tiempo me cargó gran dolor en las piernas, de suerte que en ninguna manera había forma de poderme sostener sobre ellas, y avisáronme que me guardase, que había muchos ingleses allí y me harían grande mal si me cogían, especialmente si sabían quién era. Yo no sabía qué me hacer, porque ya me habían dejado los soldados que venían conmigo y se habían ido á otro puerto mas adelante á buscar embarcación. Como me vieron solo y enfermo, unas mugeres se dolieron de mí y me llevaron á unas casillas que tenían en la montaña y allí me tuvieron mas de mes y medio muy guardado y me curaron, de suerte que se me cerraron las heridas, y yo me ví en buena disposición para venir al Casar del Ocan y hablarle, mas no me quiso oír ni ver porque decían que habían dado la palabra al gran gobernador de la reina, de no tener en su tierra ningún español, ni dejarle andar en ella. En esto, los ingleses que estaban alojados, habían caminado para entrar en una tierra y tomarla y había ido con ellos el Ocan y toda su gente de guerra, de suerte que se podía andar libremente en la villa que toda era de paja, y allí había unas mozas muy hermosas con las cuales yo tenia mucha amistad y entrábanme en sus casas algunos ratos á conversacion y parlá. Pero esto duró poco porque estando una tarde muy de holgado en casa de una de aquellas buenas mozas, entraron dos mancebos ingleses, que el uno era sargento y tenia noticia de mí por el nombre, mas no me había visto, y como se hubieron sentado, me preguntaron si yo era español y qué hacia allí, yo les dije que sí y que era de los soldados de don Alonso Luxon, que se habían rendido los días pasados á ellos y que por estar malo de las piernas, no me había podido ir de aquella tierra, y que allí estaba para servirles y hacer lo que me quisieron mandar. Digérame que los esperase un poco, que me había de ir con ellos á la villa de Dublin donde había muchos españoles principales en prisión. Yo dije que no podía caminar ni ir con ellos: enviaron á buscar un caballo para llevarme y yo les dije que era muy contento de hacer su gusto é ir con ellos. Con estas promesas se apaciguaron y empezaron á retozar con las mozas. Su madre de ellas me hizo señas que me saliese por la puerta; yo lo hice con mucha presteza y fui saltando barrancos y me metí por unos zarzales muy espesos y anduve por ellos hasta perder de vista el castillo de Ocan, y seguí el camino hasta que quería anochecer, que me hallé á la orilla de una laguna muy grande, y ví andar ganado de vacas á las cuales me fui acercando para ver si había alguna persona que me digese donde estaba, cuando veo venir dos mozos salvajes que venían á recoger sus vacas y llevarlas á lo alto de la montaña donde estaban recogidos ellos y sus padras con temor de los ingleses. Me estuve con ellos dos días y me hicieron hasta cortesía, y fué necesario ir el uno de estos mozos á la villa del príncipe Ocan, á ver qué nuevas ó qué rumor había, y vió allí los dos ingleses que andaban rabiando en mí busca, que ya les habían dado noticia de mí, y no pasaba persona á quien no preguntaban si me habían visto. El mozo fué tan buen hombre que en sabiendo esto, se volvió para su choza y me avisó de lo que pasaba, de suerte, que me fué forzado salir de allí muy de mañana y caminar en busca de un obispo que estaba siete leguas de allí en un castillo donde le tenían ahuyentado y retirado los ingleses, el cual obispo era muy buen cristiano; andaba en hábito de salvaje por ser encubierto, y juró á V. E. que no puede tener las lágrimas cuando llegué á él á besarle la mano. Tenia 12 españoles consigo para hacerlos pasar á Escocia, y con mi venida se holgó mucho y mas cuando le digeron los soldados que yo era capitán.

Hizome 6 dias que estuve con él toda cortesía y pidió y mandó que viniese con todos sus aderezos una nave, en la cual nos embarcó dándonos provisiones para mucho tiempo. Llegamos á Escocia, y allí al poco tiempo fué Dios servido que apareciese nave española en la qual pasamos alegremente á este reino de Flandes, donde con ayuda de Dios pienso morir en su servicio y el de mi rey y señor. De la villa de Amberes á 4 de octubre de 1589 años.

FRANCISCO CUÉLLAR.



LA CASA DEL BUENDE
Y LAS ROSAS ENCAJENADAS.

(Cuento.)

(Conclusion.)

TERCERA PARTE.

Pues, siguiendo en nuestro cuento, el negro no apareció. Pasó una hora y hasta dos pasaron esperando la niña y su amigo sin venir.

Llamábase con cariñosas razones, llorando; mas nadie contestaba sus quejas.—Fatigada y sin consuelo se retiró á su estancia, al quitarse el prendido vió sobre el marmol la rosa de Alejandría que habia recibido la noche de San Juan como por coronación de las de oro y perlas. Aquel único recuerdo de un amigo tan fiel perdido por ingratitud, escitó mas su sensibilidad y comenzó á besar la flor con amorosos suspiros y entrecortados sollozos. Rompiendo el espejo apareció sobre el tocador el negrito: sus pasos eran tardos como los de un tullido por largo encadenamiento, su rostro enfermizo, sus ojos secos por el llanto.

—Ah! exclamó Isabel entre asustada y alegre.

—Al fin te acuerdas, Isabel mía, del pobre desterrado. Voy á morir, porque amas á otro, y á pesar de tan cruel porvenir te agradezco con toda mi alma que estés á mi lado antes de espirar!

Tu morir! Como? y por qué!... No eres el genio de la noche...

—¿No te he dicho que hay un misterio impenetrable en mi vida y en mi ser?... ¿No sabes que sola tú puedes romper el sello del libro de los arcanos?...

—Quiero purgar mi ingratitud con mis lágrimas, con mi sangre: no morirás, dime qué he de hacer...

—Renunciar á tu casamiento.

—¿Cómo!...

—Si: oyeme hasta el fin, angel mio. D. César no te ama, le seduce y arrastra tu hermosura, porque eres como el sol cuyos vivos resplandores no pueden resistir ojos humanos; y si pretende casarse contigo es amen de tu belleza, por los tesoros que tu padre prodiga y la esplendente riqueza que mostrais...

—El es rico...

—Lo fué: jugador, pendenciero, dado á mozas de vida libre derritó su patrimonio que pronto se llevarán con girones de su honra los usureros: te hará muy desgraciada si le amas, se precipitará en el crimen ó la deshonra si le aborrecas. Te hablo con el corazón en la mano respecto del presente y veo tu porvenir tan claro como si en un espejo se retratase. Pluguiera al Cielo que D. César pudiera hacerte la mas dichosa de la tierra y yo moriría contento entre los mayores suplicios; pero...

—Tus pronósticos me aterran!... Mi pobre padre cifra su orgullo en tan ilustre yerno!... Y me parece que le ciegan los celillos infundados que abrigas, porque D. César de Toledo no es tan malo; por el contrario una Marquesa vieja, muy experimentada, me decía ayer que los galanteadores y casqui-vanos son la mejor madera para maridos.

—¿Consientes en una prueba?.. Es terrible, mas puede traernos tanta felicidad! me salvarias la vida, el porvenir sería magnífico y conoceríamos la verdad de los sentimientos de tu amante.

—Dime tu plan.

—Imposible! no sabes que un horrible misterio me rodea, que no puedo tener comunicacion alguna con el mundo.

—Yo...

—Si, eres un angel... pero tal vez no podrias dejar de revelarlo: perdoname esta desconfianza ¿No tienes fé en mí?

—Consiento y espero vencerte.

—¿Cuántas amarguras te ha de costar esa esperanza!

—Es cruel esto de concederte permiso á ciegas...

El negrito no contestó, habia entrado la mañana sin que de ello se apercibiesen las juvenes y al colotear el primer rayo del sol la cuspide del Valeta desapareció el encantado por los abismos del espejo dejándole sano otra vez, festoneado de flores aromáticas y frescas.

El día que comenzaba debía terminarse con la boda de Isabel: suntuosos preparativos se habian hecho y la ciudad

todá hablaba de aquella fiesta. Las galas, las alhajas de la novia superaban á todo encarecimiento y el menage de la casa, convertida en Palacio, se habia hecho doblemente magnífico.—La niña estaba triste y oia distraída á D. César que llevaba sobre sí, en galas, los últimos restos de su crédito.

Llegó por fin el momento, retiróse el novio para volver con los testigos, marcháronse los demás á prepararse para la ceremonia y quedáron solos Pero Antunez y su hija.

Daban las campanadas de la oracion, cuando D. César de Toledo acompañado de sus amigos, subia por la cuesta de Gomeres y luego que pasó la tapia almenada fué á entrar en la casa de su amada, mas al dar el primer paso, como que receló y volvióse para mirar la fachada.—El portal no era de marmol, habia desaparecido la cancela y en su lugar cerraba el paso una desventajada *puerta-de-cu-medio*: no habia columnas en la portada, ni cornisamento de estuco ni basamentos de marmol de Loja, ni rico balcónage vizcaíno, ni porteras de madera de Indias.—D. César y sus amigos se restregaron los ojos y dudaron basta de su propia existencia: aquella era la casa que hace dos horas habian dejado convertida en magnífico palacio. No podia confundirse con otra porque ocupaba el ultimo trocho de la acera: del bosque la separaba la *Puerta de las Granadas* y de las de abajo el jardín almenado. Existia la casa, pero pobre, desconchada, casi ruinosa, como el Hector Graciano se la dejó en herencia á los levantiscos.

Decidieronse á entrar los caballeros, llamaron á tientas, porque ni farol habia donde antes brillaban lámparas venecianas, y les abrió desde la escalera, tirando de un cordelillo de esparto la misma Isabel.

Subieron y se hallaron aquellos señores en una sala de las dimensiones de la antigua; pero alhajada con unas sillas como las de los *cortijos*, con los asientos de anea. Los tapices flamencos, los cortinages de terciopelo y oro, las alfombras, los taburetes, los candelabros de plata megricana, los espejos colosales, las lámparas de agata, los retratos de Ticiano y las batallas de Juan de Toledo habian desaparecido de las paredes, dejándolas negruzcas por el hornillo del clérigo alquimista: hasta andaban paseándose la eulebra y el gato montés, que desaparecieron en los tiempos de bonanza.

Pero Antunez estaba sentado con aire muy *ezurro* en el peldañeo de la escalera que daba al observatorio, con su pañuelo de yerbas revuelto en la cabeza, sus zarzáguels de ango, sus alpargatas, en su traje de levantisco para acabar pronto. Isabel igualmente en vez de matrimoniales galas, ostentaba el traje modesto que le criticaron las vecinas en la tarde de la víspera de san Juan: saya de paño verde, corpiño ribeteado de lo mismo, camisa festoneada de cabezon carmesí, gargantilla de azabache morisco, zapatos colorados y las trenzas tomadas con hilillo de plata.—Mas hermoso le pareció á algunos con aquel traje de villana.

Nadie se atrevia á desplegar los labios: D. César al fin terciando la espada y calándose el sombrero, de mal talento dijo:

—¿Qué burla es esta, y quien son títeres que tanto se parecen al señor Antunez y á su hija Isabel?

—No hay aquí burlas si no desgracias, señor D. César de Toledo, mandad á esos caballeros que se retiren y oídme por unos instantes, pues soy el mismo Pero Antunez de hace dos horas.

—A todos nos debeis la satisfaccion y ellos la han de escuchar, puesto que debian ser testigos de mi boda.

—Como gustéis. Y en breves palabras entrecortadas conté el levantisco su historia al novio: su llegada, la herencia, la adquisicion del casto inagotable, y no la última entrevista de su hija con el negrito, por no haber llegado á su noticia. Refirióle como por ensalme habian visto deshacerse en humo lo adquirido, y cambiarse hasta su traje; y lo que era mas grave, que el costio de alambres de oro mate no parecia.—En fin señor D. César, vuestra merced es rico, Isabel nada ha perdido de su belleza, y por esta multitud y las relevantes dotes de su alma, la amáreis, con que celebremos de secreto el enlace...

—Como os ha embrutecido la pobreza, señor labriego, con donaire y discrecion, ¿creéis que podré pagar mis deudas? Ademas la ilustre alcurnia de los Toledos, se habia de envilecer descendiendo hasta un pobre mendigo.—Esto contestó con muy insolente tono D. César que toda comi-

prendía si no la pobreza real de su futura, con lo cual todo su amor se había enfriado como bañado en agua de pozo.

—¿No la amábais con tanto encarecimiento? ¿no sabíais ya la humildad de su cuna?

—No puedo entender lo que aquí pasa, mas de cualquier modo os burláis de mí, y me alejo para no atropellar los fueros de esta miserable pocilga.

Los testigos dieron á reír furiosamente viendo el estúpido espanto del levantisca, y el novio amostazado tomó la escalera á paso apresurado.

Isabel estaba en el primer descanso, pálida, florosa y los que antes tanto la respetaron, dirijéronle mil bernardinas y galanteos tan poco galantes como deshonestos.

El hábito no hace al monje, dice vuestro padre; tiene razon, y la bendición no es esencial para el matrimonio.—La mula se ha vuelto respondona.—Qué lastima de cestillo!—Así de villana podíais ser la mas hermosa de las queridas, y al decirle esto D. César se atrevió á estrecharle una mano y aun quiso besársela; Isabel le empujó con violencia y se retiró llorando á la cocina.

Al ver tal desengaño, comprendió la niña la verdad de las palabras del negrito, lo terrible de la prueba, su tristeza y amargura: entonces adivinó cuán verdadero era el cariño que le profesaba.

Pero Antunez quiso que saliesen de Granada en aquel punto y hora, porque ¿cómo resistir los sarcasmos de todos al verles en tan deplorable estado? Isabel antes queria hablar con su negrito.

En vano fué esperar, una y otra noche hasta tres, el negro no salió y corrieron inútilmente las lágrimas de la niña. Nuestros forasteros vendieron la casa, cuyo cambio era objeto de la curiosidad del pueblo, y con ella todas las escasos efectos del doctor Graciano y se marcharon de Granada hácia su tierra.—Vayan benditos de Dios, el padre y la hija, que mientras ellos caminan, ensartaré lo que hizo D. César.

CUARTA PARTE.

Contó á sus amigos lo acaecido como disculpa, y nadie creyó la relacion fantástica del hidalgo: recibian con estrepitoso coro de carcajadas su cuento, y le tomaban por desmemoriado ó venático.

Los acreedores, gente descortés é inconsiderada de suyo, vinieron de tropel sobre su persona aumentando con tal atentado sus turbaciones, y para mejor librar decidió partirse á Italia en busca de la fortuna militar, que otras veces le había favorecido.

Embarcóse en Málaga en una nave genovesa que volvia cargada de lana, y con viento buanacible emprendió su derrotero hácia el teatro de la guerra; mas al segundo dia embravecióse el mar y corrieron borrasca furiosa viniendo á encontrarse al rayar el alba á la altura de las costas de Africa, y cercado el buque por dos galeotas de corsarios argelinos. Siendo imposible la fuga, inventaron los mercaderes rendirse á discrecion para evitar la horca; mas don César, con otros españoles no menos alentados, entendieron el cobarde propósito, se apoderaron del barco, de las escasas armas y municiones, y se prepararon á una desesperada defensa. Pelearon como buenos, y la presa fué solo los pedruzos de la nave con D. César y cuatro de sus compañeros pasados de innumerables heridas.—Los genoveses murieron ahogados de una entena: los hidalgos fueron curados con escrupulosidad esperando gran rescate.

Restablecióse en Argel el de Toledo, y un gobernador saliente llevóle con otros muchos esclavos de gallarda presencia y de familias nobles para regalarle al Gran Señor.—Nuestro hidalgo granadino perdió toda idea de libertad al verse en Constantinopla.

Le destinaron á los jardines del Serrallo que dan al Bósforo, y se hizo querer por su gracia y desembarazo del trabajo que le mandaba: no dormía con los demas mozos. Levado de su tristeza, á las altas horas de la noche, tomaba una guitarra y entre los rosales al pié de los bosques de plátanos ó de palmeras, se sentaba á cantar romances en español ó en toscano, que él mismo componia alusivos á su negro porvenir, á sus amores pasados, á sus tristezas: su voz y sus cantares tenían esa melancolia dulcísima, voluptuosa de las canciones españolas, de las plegarias de un desterrado perdida entre las ondas embalsamadas de la brisa de la noche.

Una vez creyó oír un suspiro que respondia á sus que-

jas, y otra una dulcísima barcarola veneciana que hacia concepto con las últimas coplas cantadas por él; acercóse á las altas paredes del Serrallo, y meciéndose en el viento, desde una celosía, cayó á sus pies el mas hermoso de los claveles que vieron los jardines orientales.

Desde entónces con las precauciones y sobresaltos de la esclavitud se estableció misteriosa correspondencia entre el ruiseñor aprisionado en las celosías doradas del haren y el cantor andaluz. Al cabo de algunos meses llegó la ocasion que siempre llega para el que la espera con todos sus sentidos, y recibió una ajorca de oro D. César en la cual con punzon de acero se había escrito una carta larga en italiano correcto.

Vendió la polsera el cautivo, y, siguiendo las instrucciones de su dama, en una noche sin luna, escaló el puente por donde los odaliscas, atravesando el jardín, pasaban á las galerías que dominan el mar; con su azadon de jardinero hizo saltar una persiana, atravesó aquel camino aéreo con pasos alentados, levantó el picaporte de la puerta, metiendo el puñal por la hendidura, buscó á tientas por el suelo de alabastro, y halló el ovillo de torzal verde que buscaba: con el ovillo se guió por el hilo, viniendo á dar á una puerta cuyas juntas despedian rayos vivisimos de luz; con el cordón de seda que le servia de conductor en aquel laberinto, abrió sus dos complicados picaportes, y ayudado de la punta doblada de un clavo, forzó la cerradura.

Al penetrar en la estancia quedó ciego con tanta luz y tan deslumbradora magnificencia: una jóven de diez y seis años, hermosa como una estatua antigua, y muy parecida á la Venus de Médicis, se adelantó con un cofrecillo bajo del brazo, y dijo resueltamente en toscano:

—Andiamo.

—¿Il sunno?

—E' morto.

Y enseñó á D. César la griega un tronco humano nadando en sangre y un puñal ensangrentado y goteando, que ella ocultaba entre sus ricas vestiduras.

—Andiamo, contestó el de Toledo encogiendo de hombros y sonriéndose con esa indiferencia propia de los hombres bizarras.

Escalaron la galería que daba al mar, y una barca chata de piratas griegos los llevó á uno de esos islotes del Archipiélago, cuyas entradas y abrigo solo conocen los naturales; de allí á tierra de Venecia, de donde partieron para España en una galera bien armada.

Elena trajo consigo en aquel cofrecillo un Potosí en alhajas: tenía diez y seis años; hermosura perfecta, y estaba loca de amor por su libertador.

Llegaron á Granada ambos amantes, mas de secreto, porque D. César meditaba un extraño proyecto: enteróse de que vivía en la memoria de todos su estraña aventura con Isabel, y preparó lo que verá el lector constante.

Compró la casa de Pero Antunez, antes del doctor Graciano, la reedificó y adornó tal como estaba en tiempo de la prosperidad de su prometida (para todo ello le bastó con vender una joya) á la griega, que era cristiana, como nacida en dominios venecianos, la hizo un traje igual al de Isabel cuando novia; atavióse él de la misma manera, y en la noche que hizo el año de su desventurado matrimonio *in fieri*, envió una cita misteriosa á todos los amigos que habían presenciado su negro desengaño.

Todo estaba á punto: la hora de anochecer se acercaba: ya ardian las arañas venecianas y las lámparas de ágata, las escaleras alfombradas y con bicaros rebosando flores, el patio como una ascua de oro, la puerta del Carmen, vecina á la Canceleda, adornada con un gran frontispicio de guirnaldas de flores y arcos de ramaje. Multitud de curiosos se agrupaban á la puerta; y aun algunos penetraron hasta el patio devorando con ávidos ojos tanta opulencia ó examinando con molesta curiosidad todos los detalles.

Entre los que traspasaron la Canceleda, aunque con estremada timidez, iba una jóven villana, limpia y pobremente vestida, hermosa, aunque tostada por el sol que flotaba desconsolada cada vez que reconocia un mueble, un cuadro ó un adorno: esta jóven era Isabel, seguiala con la vista desde afuera su padre, encorvado por la desgracia y la miseria.

La hija de Pero Antunez, aprovechando la confusion general, pues aun no habían llegado los señores, apun-

pasó la Cancela, tomó sobre la derecha mano, y se entró en el Cármen á hurtadillas.

Atravesó á paso ligero las primeras calles de arrayán, y tomando la pendiente fué á buscar los arriates húmedos de la umbría de las torres donde tanta felicidad había encontrado otras veces, tantos juegos, alegrías tantas. No existía el prado cercado de mejoranas que ella con tanto cuidado cultivaba, los linderos estaban borrados y solo se veía en aquel arenal un lozano rosal silvestre, en cuyo centro se ostentaba gallarda una hermosísima rosa de cien hojas. La jóven no se atrevió á llamar al negrito, creyó, viendo la casa en el estado que ella la había perdido, que otra mas dichosa y menos ingrata poseía el cestito del encantado y su cariño. Isabel en aquella soledad contentóse con llorar desconsoladamente: vió la flor, y sin atreverse á cogerla aspiró con deleite su perfume, y embriagada con él, besó voluptuosamente sus hojas de olán.

Súbita claridad iluminó la umbría: la jóven se encontró cubierta de las mismas galas que debía ponerse la noche de novia; pero con mayor riqueza y mas gruesa pedrería. Salió tambien el negrito, y la jóven le abrazó entusiasmada. Junto á su turgente seno el negro tomó las formas de un gallardo mozo, blanco como el ampo de la nieve, con porte y traga de príncipe guerrero. Quiso huir aterrada la hija de Pero Antunez, mas el desconocido la dijo con voz dulcísima.

—Soy el mismo, amada mía, y el ingrato es don César, que si yo no lo impidiera se casaría dentro de un minuto con una griega que ha traído de su cautiverio. Acabas de libertarme de los lazos de infames encantadores á costa de un año de trabajos, de fidelidad, de grandes sacrificios, de muchas turbaciones que ahora procuraré recompensarte con cuanta felicidad haya en el mundo y quepa en tu corazón. Vamos, que nos esperan en la boda.

Isabel admirada se dejó llevar de la mano, arrastrada como siempre por el encanto del misterio que rodeaba á su amante y á ella misma.

Don César de Toledo y la hermosa griega llegaron en tanto en dos magníficas carrozas seguidos del cortejo y de una turba de escuderos, pages y lacayos, y se instalaron en el estrado del salon principal. Dió á conocer á su futura esposa y la llevó á un espléndido gabinete para que cubriese su cabeza con una mantilla de malinas, por exigirlo así la ceremonia de los desposorios.

Durante este corto intervalo apareció en el salon, sin saberse cómo, un hermosísimo manco de veinte años, lujosamente vestido y que traía de la derecha mano á una dama que todos reconocieron al momento por su hermosura sin par; con ellos venía Pero Antunez. General fué la admiración al ver allí á Isabel tan bella como hacia un año, en los mejores días de su grandeza, acompañada de aquel forastero tan gallardo; este previno la curiosidad de todos tomando posesion del estrado y diciendo.

—Señores; don Cesar de Toledo inventó una historia por conveniencia propia el año pasado, con la cual quedó en mal lugar si no la honra, el renombre de esta dama á quien todos conocen. Vuelto de sus viages para darla una satisfacción cumplida, ha querido que yo, el mas íntimo de sus amigos, os haga esta manifestacion y que puesto nos amamos, Isabel y yo celebremos nuestra boda en su propia casa, el propio día y con algunos momentos de anticipacion. —Hacedme, pues, el honor de servirme de testigos.

Dichas estas palabras entró el cura que terminó brevemente el casamiento.

Apenas hubo salido, cuando aparecieron los otros novios; furiosas bocanadas de viento abrieron las ventanas rompiendo persianas y cristales, apagáronse las luces, bamboleáronse los cuadros y los tapices, cayeron á girones las ricas cortinas, chocáronse las puertas, los cuadros y las arañas con horrible estrépito y los concurrentes se lanzaron á la calle temiendo el fin del mundo.—Aquí parece que el relato acaba, pero dos palabras mas.

Don César fuere á la Alpujarra en compañía de su Elena y aseguran aquellos montañeses que ni borracho hablaba nunca de la desventura de sus desposorios, aunque solia figurarse despues de la comida que le perseguian duendes, vestiglos y fantasmas.

Isabel con su príncipe desencantado vivió rica, feliz y por muchos años.—Igual fortuna deseo al que leyere con paciencia este cuento.

JOSE JIMENEZ SERRANO.

FIN.

ODA.

Á LA SEÑORA DOÑA MIRA DOLORÉS DE LANGLESIA MI ESPOSA.

El Amanecer.

In solo posuit Tabernaculum cum et ipse tanquam spiritus procedens de Tabernaculo suo.

Psalm. XVIII. Vers. V.

Ya entre nubes de nacar
Y arreboles asoma,
Por el angel de Oriente
Conducida, la Aurora.

La precede lloviendo
Blandos lirios y rosas,
El lucero divino
Que renueva las horas.

Ella enhiesta la frente
Mas que el oro fogosa,
Y á los polos se lanzan
Pavoridas las sombras.

Nueva vida los hombres
Y los campos recobran;
Y ante el astro que anuncia,
Cuanto alienta, se postra.

Mas las bóvedas sacras
De los cielos se doran;
De los montes las cumbres
Nieve y púrpura adornan.

Los vapores que el suelo
Suelta en fáciles ondas,
En festones de plata
Por las faldas se posan.

Rompe el himno armonioso
De alborada la alondra,
Y su canto festivo,
Y su vuelo renonta.

Mas ¡el sol!... ¡oh portento!...
Ya las ansias se colman
Con que el orbe impaciente,
Cual á dueño le invoca.

Ya de luz breve punto
Que del piélago brota,
De esplendentes rubies
Disco hirviente se torna.

Y el inmenso horizonte
Con sus rayos corona,
Y la luz en torrentes
A los mundos arroja.

¡Cómo brillan al punto
Con diamantes las rocas!
¡Cómo vibran estrellas
De su seno las ondas!

¡Cuál esplenden los rios,
Y en cristales recortan
De esmeraldas el lecho,
Que los valles les bordean!

Las colinas descuelhan...
¡Cuál sus faldas y lomas
Con flexibles guirnaldas
Verdes pámpanos orlan!

Y ciudades y templos
Que enlustraron las sombras,
Mil agujas subuman,
Y la cruz enarbolan.

A los cielos en tanto
La veloz precursora
Ascendiendo, las flores
Baña en líquido aljofar.

Y entre globos lucientes
Ahren tiernas sus hojas,
Y embalsaman las auras,
Y suspiran aromas.

Y prosigue el triunfo,
Y el encanto y la gloria,
Y en tumulto en suelo
Mil sonidos se tocan.

Trinan ledas las ayes;
El redil abandonan
Los balantes corderos,
Tras las madres retozan.

Los zagales cantado
Al umbral de las chozas,
Van unciendo los bueyes
Que los cuellos encorvan.

Con mugidos el toro
La novilla enamora;
Juega el viento en las selvas
Y susurra en las hojas.

Y transmiten las voces
De los ecos sonoras,
A la amada el romance
Que su pecho alborozan.

En el sol, ser inmenso,
Tu santuario colocas;
Y al fulgor que difunde
Mis sentidos se arroban.

Cual esposo él avanza
Desde el tálamo en pompa;
Y á su aspecto la tierra
Se entapiza de alfombras.

¿No la veis, cual las galas
Que la noche le roba,
Y las mieses descoge
Y esperanzas y pomas?

¿Cuál el suelo se agita,
Y á sus usos se torna,
Y al perenne ejercicio
Cómo el orbe se dobla?

Sigue el sol su carrera
Cual gigante, orgullosa;
Y aparece que el mundo
De la nada se arroja.

Mas el bronce sagrado,
Ya del día revoca
El suspiro primero,
Para Dios que el sol forma.

Todo es paz y ventura;
Todo el cántico entona
Del Señor, que suspende
Sobre el éter su antorcha.

Deja el lecho, Dolores,
Ven, mi dulce paloma,
No defraudes á el alma
De magníficas horas.

Si en la holanda sumidos
Los magoates reposan;
Si en ultraje del día,
Con las nieblas se gozan.

Tú, amor mío, abre el pecho
Do virtud siempre mora,
A las puras delicias
Que no enturbian zozobras.

Ven, y juntos gocemos
De la vista ostentosa,
Majestad y riqueza
Del Gran Ser en sus obras.

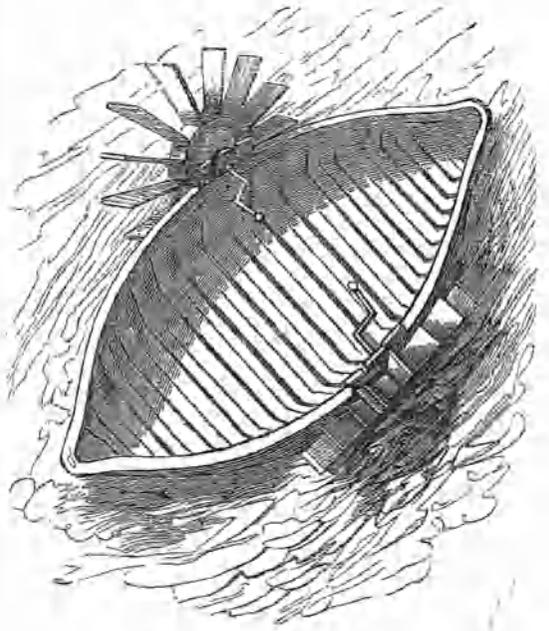
Las esencias aspira,
Sobre flores te postra,
Y ensalcemos unidos
Del Escelso las honras.

FRANCISCO DE LAIGLESIA Y DARRAC.

Barco con ruedas de paletas.

¿Qué origen tiene ese aparato, al cual se ha aplicado con tanto éxito el vapor como fuerza motriz? ¿En qué época se imaginó por vez primera sustituir al movimiento alternativo del remo, la rotación continua de las paletas fijas en un eje móvil? La contestación á estas preguntas es sumamente difícil. Hay razones para creer, que desde los primeros tiempos de la república romana, se conoció el uso de las ruedas de paletas para mover un barco.

La dificultad de emplear un número considerable de hombres, para imprimir al eje el movimiento de rotación, ha debido limitar siempre mucho el uso de este sistema. La invención de la máquina del vapor y la idea de aplicarle á la navegación, debidas á nuestro compatriota Blasco de Garay, como es bien notorio, mal que les pese á Arago y otros extranjeros que han pretendido esta gloria para Dionisio Papin, podrían sólo hacer adaptables las ruedas de paletas contando con un motor poderoso é infatigable.



Lo que es la suerte.

Las desgracias mas lamentables son aquellas de que no se puede culpar á nadie; así es que no se ha perdonado medio alguno para evitar semejante embarazo. — No con otro motivo se ha inventado *la suerte*, especie de poder enemigo y ruin, cuya ocupación no es otra que la de atormentar nuestra vida, y que proporcione ese consuelo de maldecirla y de dirigir las inectivas á falta de otra cosa mejor.

MAXIMAS.

Ciceron ha dicho de los hombres que son como los vientos; el tiempo agría los malos y convierte en mejores los buenos. Bien puede decirse que el infortunio produce en ellos los mismos efectos.

Agustín Carrachu, hermano del célebre pintor de igual nombre, habia pronunciado un gran discurso en elogio del admirable grupo de Laocoon; como todos extrañasen el que Anibal Carrachu nada dijese para alabar aquella obra maestra del siglo, cogió este un lápiz y dibujó el grupo en la pared con tanta exactitud como si lo hubiere tenido á la vista: «Los poetas, dijo entonces volviéndose hácia su hermano, pintan con la palabra y los pintores hablan con el pincel.»

SOLUCION DEL CEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

La mitad de lo que se dice, es las mas veces lo inverso de lo que se siente.

Dirección, Redacción y Oficinas calle de Jacometeazo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. 21 rs. 20 c. Un AÑO 26 c. — Librerías de Pereda, Cuesta, Moñer, Matute, Jaimebon, Gaspar y Boig, Poupert, Villa, Balli, Bolliere y la Publicación, litografías de Pellegrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 2 rs. Seis 2 rs. — Remitiendo una libranza sobre correo franco de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometeazo, n. 26, ó en las principales librerías.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION en cargo de D. G. Alhambra.